

Mejorar la celebración _____

VIVIR LA EUCARISTÍA QUE NOS MANDÓ CELEBRAR EL SEÑOR (I)

PERE FARNÉS

1. La Eucaristía “del Señor” y los ritos litúrgicos “de la Iglesia”

Siempre que los fieles celebramos la Eucaristía lo que pretendemos es realizar lo que nos mandó hacer el Señor: *Haréis ésto en conmemoración mía*. La celebración eucarística no es, en efecto, otra cosa sino la “joya” que el Señor entregó a su Iglesia para que ésta perpetuase por los siglos el memorial que Cristo le dejó antes de su paso de este mundo al Padre, a fin de que perseverase de un modo visible entre los fieles su presencia y su acción.

Pero si la celebración Eucarística es la “joya” que Cristo nos entregó, la Iglesia por su parte, ha dispuesto y colocado con amor de esposa esta “joya” en unos “cofres”, es decir, en el interior de unos ritos litúrgicos que ha ido disponiendo y proyectando, según los diversos lugares y tiempos, en cada una de las Iglesias.

El “cofre” preparado por la Iglesia-Esposa es precioso: por ello los cristianos debemos ubicar siempre respetuosamente la “joya” eucarística en el interior del “cofre” litúrgico que la Iglesia ha ido disponiendo para la misma, sin que a nadie le sea permitido celebrar el memorial del Señor sino con los ritos preparados por la Iglesia (Cf. Sac. Conc. 26). Pero la “joya” recibida es más valiosa aún que los ritos con que se la reviste. Los “cofres” —es decir los ritos litúrgicos— se van renovando a través de los tiempos y así han nacido las diversas familias litúrgicas de Oriente y Occidente; en estas liturgias, por otra parte, se introducen cambios y reformas que las adaptan (nuestra época con el Vaticano II ha vivido uno

de estos cambios) a las circunstancias cambiantes de los pueblos y de sus mentalidades; la “joya” permanece siempre la misma pero el “cofre” no. Incluso puede darse —alguna vez ha pasado— que el “cofre” sea menos apropiado a la “joya”, es decir, que los ritos que “envuelven” la celebración ofusquen el más genuino sentido de la celebración; en este caso se hace necesaria una *reforma* de determinados ritos de la celebración (Cf. Sacr. Conc. 21).

Preparar el mejor “cofre” para la joya eucarística es deber de los responsables de la Iglesia (los Concilios universales o locales, los Papas, los Patriarcas...); ubicar con fidelidad la “joya” recibida del Señor en el “cofre” eclesial es deber de cuantos celebramos la Eucaristía: nadie, en efecto, “aunque sea sacerdote puede añadir, quitar o cambiar cosa alguna por iniciativa propia en la liturgia” (Sacr. Conc. 22).

2. La Eucaristía siempre debe celebrarse acompañada de los ritos litúrgicos de la Iglesia

La Eucaristía “que nos dio el Señor” debe celebrarse siempre con fidelidad en el interior del “cofre eclesial”, es decir, acompañada de los ritos litúrgicos preparados por la Iglesia. Toda la historia de las Iglesias orientales y occidentales nos testifica que romper con los usos —con los ritos— de la Iglesia es signo inequívoco de rompimiento con la misma Iglesia de Jesús. El Vaticano II en nuestros días ha vuelto a repetir la necesidad de alejar de la celebración todo rito o gesto que no sea “de la Iglesia” (Sacr. Conc. 22.26). La motivación de esta *unidad litúrgica* es fácil de entender: el Señor no ha dejado la Eucaristía a cada uno de los bautizados individualmente sino a la “Iglesia” como tal. Ya en el s. II, decía san Ignacio de Antioquía que no era legítima la Eucaristía celebrada al margen del obispo; también hoy, para expresar esta pertenencia de la Eucaristía a la Iglesia y no sólo al grupo que la celebra en un lugar concreto, en la liturgia romana se nombra al obispo del lugar y al Papa, como signos de la unidad de la Iglesia celebrante, en el interior mismo de la Plegaria eucarística (en las liturgias orientales se citan con el mismo fin incluso los diversos obispos de las iglesias mayores).

En este contexto quisiéramos responder a una posible dificultad: la

diversidad de liturgias orientales y occidentales no rompe la *unidad litúrgica* ni la expresividad de la eucaristía como celebración de la única Iglesia ya que estos diversos ritos están organizados todos ellos no individualmente sino eclesialmente por comunidades muy amplias, que abarcan siempre muchas diócesis (nunca un sólo obispo ni una sola Iglesia local ha tenido su liturgia propia). Se trata, podíamos decir, de diversos “cofres” preparados todos ellos por la Iglesia para colocar en su interior la “joya” eucarística que nos legó el Señor.

3. Distinguir la “Eucaristía que nos dio el Señor” de los ritos “preparados por la Iglesia”

Sentada, y con la mayor fuerza y claridad, la necesidad de celebrar siempre la Eucaristía enmarcada fielmente en los ritos –en el “cofre”– que le ha preparado la Iglesia, es necesario hacer una segunda y no menos importante afirmación: el “cofre” no tiene el mismo valor que la “joya”. La “joya” recibida del Señor es inmutable (ni siquiera los más altos responsables de la Iglesia pueden modificarla¹); el “cofre”, en cambio, ha variado a través de la historia y de las diversas familias litúrgicas; este “cofre” puede incluso envejecer y necesitar consiguientemente de nuevas variaciones.

Sólo los supremos responsables de la Iglesia –en la disciplina actual únicamente el Papa o quien actúe en su nombre para una cuestión concreta– son

1 Es el caso, para poner un ejemplo actual, de la presidencia de la Eucaristía: que ésta la presida siempre un *hombre*, que sólo el varón pueda recibir la ordenación; así lo quiso *el Señor* para hacer más significativo que el ministro es el *icono* del Señor en medio de los fieles (no un cristiano más importante); la ordenación de sólo varones es parte de la “joya” eucarística que nos entregó el Señor; como lo es también que la Eucaristía se consagre con *pan* y con *vino* y no con otros alimentos o bebidas usados por otros pueblos o culturas; así lo quiso el Señor porque la Eucaristía no es un signo *filosófico* de la comida y bebida sino un signo *histórico* de lo que hizo el Señor al tomar pan y vino. Por ello estos signos –ordenación de sólo hombres, uso exclusivo de pan y vino– ni tan sólo los supremos responsables de la Iglesia pueden cambiarlos como recientemente ha dicho Juan Pablo II al excluir *definitivamente* toda posibilidad de ordenación sacerdotal de las mujeres.

quienes, en el supuesto de que en algún momento histórico o ante una determinada cultura lo juzguen oportuno o necesario (Sacr. Conc. 22) pueden cambiar algunos de los ritos que “envuelven” la Eucaristía. Para saber si ello es posible debe distinguirse entre si se trata del “cofre” o de la “joya”, pues sólo en el primer caso el cambio puede realizarse.

La distinción “joya” y “cofre” con todo no sólo interesa al Papa sino también a todos los fieles, aunque bajo otro aspecto: no en vistas a *cambiar los ritos, que los fieles no pueden cambiar, aunque se trate de ritos secundarios o pertenecientes al “cofre”*. Los fieles, sean laicos o ministros, no pueden cambiar los signos eclesiales de la celebración sino en vistas a *dar el realce relativo* a cada una de las partes de la celebración. Porque si es verdad que el “cofre” es precioso, la “joya” vale aún mucho más. A los fieles –y este aspecto es muy importante–, les interesa y deben saber distinguir entre lo que es la “joya” –que se ha de subrayar y vivir con mayor intensidad– y lo que es el “cofre” que está muy lejos de tener el mismo valor que la “joya” que hemos recibido del mismo Señor.

Vivir y subrayar –tanto espiritualmente como a través de las maneras celebrativas– con el mismo realce partes de la celebración que son únicamente “cofre” y los elementos que forman parte de la “joya” sería desfigurar la Eucaristía. Peor aún sería dar a algún elemento simplemente eclesial –a alguna parte del “cofre”– sea en la *práctica* litúrgica sea en la *espiritualidad* de quienes participan en la misa más importancia que a alguno de los elementos que forman parte de la misma “joya” eucarística.

4. Partes fundamentales y elementos “ambientales” de la celebración eucarística

Nos hemos referido hasta aquí a la “joya” que nos dio el Señor y al “cofre” que la Iglesia le ha preparado. Hemos dicho también que la “joya” es única y los “cofres” son y han sido varios. Han sido varios porque los ritos de la misa han cambiado a través de los siglos (muchos de nuestros contemporáneos han celebrado la Eucaristía con ritos diversos, antes o después del Concilio). Son varios aún hoy porque cada una de las familias litúrgicas, sobre todo en Oriente, *enmarca* la celebración eucarística en ritos diversos.

En la serie de unos pocos artículos –los que hoy iniciamos con el título *Vivir la Eucaristía que nos mandó el Señor*– pretendemos clarificar cuáles son, en nuestra liturgia latina actual, los elementos centrales –los que constituyen la “joya” recibida del Señor y distinguirlos de los otros ritos de menor importancia, que forman el “cofre” en el que la Iglesia latina actual ha colocado la “joya” eucarística.

La finalidad que pretendemos es simple: lograr que, por una parte, *objetivamente* se dé el máximo *realce a los ritos* que constituyen el núcleo de la celebración –la “joya” que nos dejó el Señor– y por otra que los participantes –ministros y fieles– *subjetivamente o espiritualmente* *vivan con la mayor intensidad* los gestos recibidos del Señor, subrayándolos muy por encima de los elementos añadidos por la Iglesia. Que, por ejemplo, el *Canto de entrada* o el *Cordero de Dios* –elementos del “cofre eclesial”– no tenga más realce que el *Prefacio* o el *Santo* que –por formar parte integrante de la Plegaria eucarística pertenecen al núcleo mismo de la Eucaristía–.

La “joya”, es decir la Eucaristía que nos entregó el Señor consta de dos partes: La Palabra y la Plegaria eucarística (Cf. Sac. Conc. 56; IGMR 8); todo lo demás forma parte del marco añadido por la Iglesia para vivir mejor los dos ritos fundamentales. Todos los ritos eclesiales se han de realizar con fidelidad; pero lo que no puede admitirse es que queden más realzados que las dos partes fundamentales de la celebración.

Pero ¿dónde empieza y qué elementos propiamente forman parte de la Liturgia de la Palabra y de la Liturgia eucarística? Ello es lo que iremos desarrollando en nuestros próximos artículos de *Vivir la Eucaristía que nos mandó celebrar el Señor*.

PERE FARNÉS
(Barcelona)